

vacío del cielo precipita las nubes distendidas por las lluvias primaverales. Durante el día entero las hinchadas nubes derraman sus benéficos rocíos, y la tierra se enriquece de vida vegetal, hasta que en el cielo de Occidente, el sol, ya bajo, surge esplendoroso de entre la púrpura de nubes que acaba de rasgar. De pronto la rápida irradiación hiere la montaña iluminada, corre al través del bosque, reverbera en las ondas, y, en una niebla amarillenta que humea á los lejos sobre la interminable llanura, enciende chispas sin número en las gotas de rocío». Hay énfasis ahí, pero ha y opulencia. Existe en ese aire y en esa vegetación, en esa imaginación y en ese estilo, una acumulación y como un empate de tintas desleídas ó brillantes; son aquí el ropaje resplandeciente de la naturaleza y del arte. Hay que verle en Rubens: es el pintor y el poeta del clima pingüe y húmedo; pero se descubre también en los demás; y en esa magnificencia de Thompson, en ese colorido recargado y grandioso, se ve algunas veces la rica paleta de Rubens.

## VI

Todo eso encaja bastante mal en el dorado clásico. Sus imitaciones visibles de Virgilio, sus episodios interpelados como un pegote, sus invocaciones á la Primavera, á la Musa, á la Filosofía, todos los recuerdos y los convencionalismos de colegio desentonan. Pero el contraste resalta mucho más en otro punto. La vida de salón, enteramente artificial, tal y como la había puesto de moda Luis XIV, empezaba á cansar en Europa. Se la tachaba de seca y vacía; la gente se fati-

gaba de estar siempre representando, de sufrir la etiqueta. Se comprendía que la galantería no es el amor, ni los madrigales la poesía, ni la diversión la felicidad. Se comprendía que el hombre no es una muñeca elegante, que un petimetre no es la obra maestra de la naturaleza, y que hay un mundo fuera de los salones. Un plebeyo ginebrino, protestante y solitario, á quien su religión, su educación, su pobreza y su genio habían llevado más de prisa y más lejos que á los otros, vino á decir al público el secreto en alta voz, y se juzgó que había descubierto ó vuelto á hallar el campo, la conciencia, la religión, los derechos del hombre y los sentimientos naturales. Entonces apareció un nuevo personaje, ídolo y modelo de su tiempo, *el hombre sensible*, que, por su carácter serio y por su amor á la naturaleza, formaba contraste con el hombre de corte. Sin duda ese personaje se resiente de los lugares que ha frecuentado. Es refinado y empalagoso; se enternece á la vista de los corderillos que pastan la naciente hierba, y bendice á los pajaritos que celebran su felicidad con sus conciertos. Es enfático y redicho, compone largas parrafadas sobre el sentimiento, fulmina invectivas contra el siglo, apostrofa á la Virtud, á la Razón, á la Verdad y á las divinidades abstractas que se graba en las portadas. A despecho de sí mismo, sigue siendo hombre de salón y de academia; después de haber dicho ternezas á las damas, se las dice á la naturaleza y declama en períodos limados acerca de Dios. Pero, en fin, por él empieza la rebelión contra los hábitos clásicos; y, en este concepto, es más precoz en Inglaterra, país germánico, que en Francia, país latino. Treinta años antes de Rousseau, Thompson había expresado todos los sentimientos de Rousseau casi en el mismo estilo. Como él, pintaba el



campo con simpatía y con entusiasmo. Como él, oponía la edad de oro de la sencillez primitiva á las miserias y á la corrupción moderna. Como él, exaltaba el amor profundo, el afecto conyugal, «la unión de las almas, la perfecta estima animada por el deseo», el cariño paternal y todos los goces domésticos. Como él, combatía la frivolidad contemporánea y ponía en frente las antiguas repúblicas, «cuyas aspiraciones heroicas se cernían tan por encima de la pequeña esfera egoísta de nuestra vida escéptica». Como él, ensalzaba la seriedad, el patriotismo, la libertad, la virtud; se elevaba del espectáculo de la naturaleza á la contemplación de Dios y mostraba al hombre más allá de la tumba las perspectivas de la vida inmortal. Como él, en fin, alteraba la sinceridad de su emoción y la verdad de su poesía con insulseces sentimentales, con arrullos pastoriles y con tal abundancia de epítetos, de abstracciones trocadas en personas, de invocaciones pomposas y de declamaciones oratorias, que se ve allí de antemano el estilo decorativo y falso de Thomas, de David (1) y de la Revolución.

Los otros siguen. Se podría llamar á aquella literatura la biblioteca del hombre sensible. Tenemos, desde luego, á Richardson, el impresor puritano con su caballero Grandisson, personaje de principios, modelo cumplido del noble cristiano, profesor de decoro y de moral, y que, por añadidura, posee alma. Tenemos también á Sterne, el tunante refinado y enfermizo que, en medio de sus bufonadas y de sus rarezas, se detiene para llorar por un asno que encuentra ó por un prisionero que imagina. Tenemos, sobre todo, á Mackenzie, «el hombre de sentimiento», cuyo héroe timi-

(1) Véase las *Fiestas de la Revolución* por David.

do, delicado, se enternece cinco ó seis veces al día, enferma del pecho por sensibilidad, no se atreve á declarar su amor más que al morir, y muere de resultas de su declaración. Naturalmente, el elogio provoca la sátira, y se ve aparecer en el campo opuesto á Fielding, ese mozo alegrote, y á Sheridan, ese brillante mal sujeto, el uno con su Blifil, el otro con su José Surface, dos Tartufos, sobre todo el segundo, no brutal, coloradote y apestando á sacristía como el nuestro, sino mundano, bien vestido, buen hablista, noblemente serio, triste y dulce por exceso de ternura, y que, con la mano en el corazón y las lágrimas en los ojos, derrama sobre el público una lluvia de sentencias y de períodos, mientras empaña la reputación de su hermano y seduce á la mujer de su vecino. Construido así el personaje, se le hace su epopeya. Un escocés, hombre de ingenio, de demasiado ingenio, después de haber escrito por su cuenta una rapsodia desdichada, quiso indemnizarse, se fué á las montañas de su país, recogió imágenes pintorescas, reunió fragmentos de leyenda, aderezó el todo con mucha elocuencia y retórica, y fabricó un Homero céltico, Ossian, que, con Oscar, Malvina y sus acompañantes, dió la vuelta á Europa, y hacia 1830 acabó por suministrar nombres de bautismo á las costureras y á los peluqueros. Macpherson ofrecía al público un trasunto de las costumbres primitivas, no muy verdaderas, porque la excesiva crudeza de los bárbaros hubiese disgustado, pero, con todo, bastante bien conservadas ó imitadas para formar contraste con la civilización moderna y convencer á la gente de que él contemplaba la naturaleza pura. Un vivo sentimiento del paisaje escocés, tan grande, tan frío, tan melancólico: la lluvia en la colina, el abedul que tiembla á impulsos



del viento, la bruma en el cielo y la vaguedad del alma, en términos que cada soñador encontraba allí las emociones de sus paseos solitarios y de sus tristezas filosóficas; hazañas y generosidades caballerescas, héroes que van á combatir solos contra un ejército, vírgenes fieles que mueren sobre la tumba de su prometido, un estilo apasionado, lleno de color, que afecta ser abrupto, y que, sin embargo, es pulido, capaz de entusiasmar á un discípulo de Rousseau por su calor y su elegancia: había allí materia de sobra para transportar á los jóvenes entusiastas del tiempo, bárbaros civilizados, amantes doctos de la naturaleza, que soñaban en las delicias de la vida agreste sacudiendo los polvos que el peluquero había dejado en su ropa.

No es por aquí, sin embargo, por donde va la gran corriente de la poesía; va hacia la reflexión sentimental; los poemas más numerosos y más en boga son disertaciones sentimentales. En efecto; la declamación es la característica del hombre sensible. A propósito de una nube, sueña en la vida humana y adereza una frase. Por eso se ven hormiguar á la sazón entre los poetas, los filósofos tiernos y los académicos llorones; Gray, el solitario taciturno de Cambridge, y el noble pensador Akenside, ambos imitadores eruditos de la alta poesía griega; Beattie, el metafísico moralista, que tuvo nervios de doncella y manías de vieja; el amable y afectuoso Goldsmith, que escribió *El Vicario de Wakefield*, la más encantadora de las pastorales protestantes; el pobre Collins, joven fervoroso que se disgustó de la existencia, no quiso ya leer más que la Biblia; se volvió loco, fué encerrado, y, en sus intervalos de libertad vagaba por la catedral de Chichester, acompañando la música con sus sollozos y gemi-

dos; Glover, Watts, Shenstone, Smart y otros. Los títulos de sus obras indican bastante sus caracteres: el uno escribió un poema «sobre los placeres de la imaginación»; el otro odas sobre las pasiones y la libertad; éste una elegía sobre un cementerio de aldea y un himno á la adversidad; aquél versos sobre una aldea arruinada y sobre el carácter de las civilizaciones vecinas; quién una especie de epopeya sobre las Termópilas; quién la historia moral de un joven ministril. Casi todos son hombres serios, espiritualistas, apasionados por las ideas nobles, dotados de aspiraciones y convicciones cristianas, ocupados en meditar sobre el hombre, inclinados á la melancolía, á las descripciones, á las invocaciones, amantes de la abstracción y de la alegría, y que, por alcanzar la grandeza, suelen subirse en zancos. Uno de los menos rígidos y de los más célebres fué Young, el autor de *Las Noches*, eclesiástico y cortesano, que después de esfuerzos inútiles por ser diputado y obispo, se casó, perdió su mujer y los hijos de su mujer, y aprovechó su desgracia para escribir en verso meditaciones «sobre la vida, la muerte, la inmortalidad, el tiempo, la amistad, el triunfo del cristiano, la virtud, el aspecto del cielo estrellado» y otras muchas cosas por el estilo. Sin duda hay grandes relámpagos de imaginación en esos poemas, no les faltan gravedad y elevación, y aun se ve que el autor las busca; pero se descubre aún más pronto que explota sus penas y se enluta. Exagera y declama, busca los efectos de estilo, mezcla los dos guardarropas, el griego y el cristiano. Figuraos un padre desgraciado que celebra «el silencio y la oscuridad, esas dos hermanas solemnes, esas dos gemelas hijas de la antigua Noche»; un sacerdote que rinde homenaje á la hermana del Día, á la diosa de dulces ojos,



«se declara rival de Endymion», y algunas páginas después apostrofa al cielo y á la tierra á propósito de la resurrección de Jesucristo. Y sin embargo, el sentimiento es nuevo y sincero. Poner en verso la filosofía cristiana, ¿no es una de las más grandes ideas modernas? Young y sus compatriotas dicen de antemano lo que descubrirán M. de Chateaubriand y M. de Lamartine. Lo verdadero, lo ficticio, todo se encuentra aquí cuarenta años antes que entre nosotros. Los ángeles y los demás recursos celestes funcionan desde hace tiempo en Inglaterra antes de ir á infestar *El Genio del Cristianismo* y *Los Mártires*. Atala y Chactas salen de la misma fábrica que Malvina y Fingal. Si M. de Lamartine leía las odas de Gray y las reflexiones de Akenside, encontraría en ellas la dulzura melancólica, el arte exquisito, los bellos razonamientos y la mitad de las ideas de su propia poesía.—Y sin embargo, á pesar de estar tan próximos á una renovación literaria, no la alcanzan todavía. En vano ha cambiado el fondo; la forma subsiste. No se despojan del ropaje clásico; escriben demasiado bien, no se atreven á ser naturales. En su patria sigue existiendo un almacén privilegiado de bellas expresiones convenidas, de elegancias poéticas, donde todos se creen obligados á ir á buscar sus frases. De nada les sirve ser apasionados ó realistas; de nada les sirve atreverse á describir, como Shenstone, un maestro de escuela y el sitio en que azota á un picaruelo; su sencillez es rebuscada, su ingenuidad arcaica, su sentimiento acompasado, sus lágrimas académicas. Siempre, en el momento de escribir, se alza un modelo augusto, una especie de maestro de escuela que gravita sobre ellos con todo su peso, con todo el peso que pueden dar á preceptos ciento veinte años de literatura. La prosa sigue sien-

do esclava del período; Samuel Johnson, que fué á la vez el La Harpe y el Boileau de su siglo, explica é impone á todos la frase estudiada, equilibrada, intachable; y el ascendiente clásico es aún tan poderoso, que domina á la historia naciente; el único género que en la literatura inglesa es entonces europeo y original. Hume, Robertson y Gibbon son casi franceses por su gusto, su lengua, su educación, su concepción del hombre. Cuentan como hombres de mundo, cultos é instruidos, con amenidad y claridad, en un estilo correcto, afuente y elevado. Revelan un espíritu liberal, una moderación continua, una razón imparcial. Proscriben de la historia las groserías y las pesadeces. Escriben sin fanatismo ni preocupaciones. Pero al mismo tiempo empuerquecen la naturaleza humana; no comprenden ni la barbarie ni la exaltación; pintan las revoluciones y las pasiones como lo harían personas que nunca hubiesen visto más que salones adornados y bibliotecas limpias de polvo; juzgan á los entusiastas con una sangre fría de capellanes ó una sonrisa de escépticos; borran los rasgos salientes que distinguen á las fisonomías humanas; cubren de un barniz brillante y uniforme todas las asperezas de la verdad. Por fin, aparece un campesino de Escocia (1) desgraciado, rebelado y enamorado, con las aspiraciones, las concupiscencias, la grandeza y el desvarío de un genio moderno. De vez en cuando, conduciendo el arado, encuentra versos verdaderos, versos como acaban de hacerlos hoy Heine y Alfredo de Musset. En aquellas pocas palabras combinadas de una manera nueva había una revolución. Doscientos versos nuevos eso bas-

(1) Roberto Burns.



taba. El espíritu humano giraba sobre sus goznes y también la sociedad civil. Cuando Roland, hecho ministro, se presentó ante Luis XVI vestido sencillamente y con zapatos sin hebillas, el maestro de ceremonias levantó las manos al cielo pensando que todo estaba perdido. En efecto; todo había cambiado.

## LIBRO IV

## LA EDAD MODERNA

## CAPITULO PRIMERO

## Las ideas y las obras.

- I. Cambios en la sociedad.—Advenimiento de la democracia.—La Revolución francesa.—El deseo de encumbrarse.—Cambios en el espíritu humano.—Nueva idea de las causas.—La filosofía alemana.—El deseo del *más allá*.
- II. Roberto Burns.—Su país.—Su familia.—Su juventud.—Sus miserias.—Sus aspiraciones y sus esfuerzos.—Sus inventivas contra la sociedad y la Iglesia.—*The Jolly Beggars*.—Sus ataques contra el *cant* oficial.—Su idea de la vida natural.—Su idea de la vida moral.—Su talento.—Cómo es espontáneo.—Su estilo.—Cómo es innovador.—Su éxito.—Sus afectaciones.—Sus cartas estudiadas y sus versos académicos.—Su vida de colono.—Su empleo de aduanero.—Sus disgustos.—Sus excesos.—Su muerte.
- III. Dominación de los conservadores en Inglaterra.—La revolución no se consume al pronto más que en el estilo.—Cowper.—Su delicadeza enfermiza.—Sus desesperaciones.—Su locura.—Su retiro.—*The Task*.—Idea moderna de la poesía.—Idea moderna del estilo.
- IV. La escuela romántica.—Sus pretensiones.—Sus tanteos.—